



Yo no supe qué cara poner

Juan Sebastián Palomino
Filología Hispánica
Universidad de Antioquia

Edición especial
Historia sobre la marcha

Lucem

Imagen: Natalia Medina
Instagram: @natalia.medinam

Yo no supe qué cara poner

Juan Sebastián Palomino*

Mamá, el día de ayer tuve una epifanía, una revelación. Mientras desayunaba en una cafetería barata de Medellín y veía comer a alguien, vino a mi cabeza una cosa: Colombia, con todo y su cartografía y su croquis, es una arepa paisa grande.

Este país al que llaman Colombia, mamá, sabe a arepa paisa. Es lo mismo que decir que no tiene gracia, pero la tiene, que sabe como a cartón que, a los cuchillos de la boca, según el tiempo de cocción o el historiador, puede resultar como un disco delgado y durísimo, o como arena horriblemente suave.

A Colombia la sirven en la mesa, mamá, y el comensal al verla tan arepa pide mantequilla para untarla sobre el Llano, luego riega algo de sal sobre los Andes porque cree que no tienen gracia. Entonces, y sólo entonces, es capaz de picar un pedazo con un tenedor para llevarse La Guajira a la boca.

Entonces le da sed.

Al comensal le da por pedir a la mesera un pocillo burbujeante de chocolate preparado sobre aguapanela, y aquí es donde viene la cosa: cuando le sirven el chocolate, el comensal se da cuenta de que su sabor es negro, que el pocillo pierde su color blancuzco y se vuelve negro, y en el nacimiento de su lengua se dibuja un río bañado en petróleo.

El comensal, furioso, azota con las manos para pedir una masa triturada de cebolla, pimentón y tomate cuajado en salsa para carnes, y sus manos la riegan sobre Colombia. En ese momento se le dibuja una mirada de ojos saltones, sonrisa abierta y entusiasmo rimbombante, y se lleva toda Colombia a la boca.

Entonces pasa algo que hace pensar al que presta la vista que su reacción no era de esperarse. Resulta que, al tener tanto país pegado al paladar, las papilas gustativas del comensal se le llenan de sangre. Descubre el hedor y las babas que se revuelven en su garganta con gas tóxico, con fríos que hierven, que saben a bosques quemados y a lluvias de sangre, mamá, sobretudo a lluvias y ríos y mares de sangre.

Mamá, créame, yo vi a Colombia en ese plato, y en la cara del comensal una reacción picante, como aliento que sabe convulsionar. Yo no supe qué cara poner, mamá. Yo no supe qué cara poner cuando lo vi arrodillarse a llorar y suplicar: “a mí no se me culpe”.

* Imaginador compulsivo, soñador sin esperanza de oficio. Autor de tantos cuentos y novelas cortas como su cabeza puede imaginar, nada concreto. Colaborador en los poemas de las páginas perdidas de sus memorias, muy pocas. Cinco semestres de Cine y Audiovisuales abandonados en la Universidad del Magdalena, estudiante interrogativo de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia.